

Doctor Héctor Fix Zamudio
Muy querido Maestro:

Al momento de escribir estas líneas vienen a mi mente recuerdos y emociones. El espacio disponible y mi incapacidad para traducir los sentimientos en palabras me impiden expresar a plenitud lo que quisiera decirle.

Cuando evoco su imagen viene a mí la idea de un hombre extraordinario. No sólo por sus enormes logros académicos que le han ganado un reconocimiento universal, en el sentido más amplio del término, y sobre los cuales sería ocioso insistir en este momento, en el que una obra colectiva monumental es constancia de su grandeza intelectual. Sino la muy poco común unión entre esa grandeza intelectual con los valores que lo distinguen como un ser humano excepcional.

Lo conocí hace más de dos décadas, siendo yo estudiante del doctorado en la UNAM. Recuerdo que mi decisión de estudiar el posgrado en la Universidad Nacional fue motivado, en gran medida, por la posibilidad de ser su alumno en la materia de Poder Judicial. Ya se imaginará mi desilusión, cuando me enteré que, por aquella época, usted había solicitado licencia y no impartiría clases en el doctorado.

Yo, como casi todos los estudiantes de ese tiempo, había recibido mis primeras lecciones de amparo a la luz de la corriente dominante en México. Pero había tenido la inquietud de estudiar por mi cuenta sus libros y artículos, y empezar así, a abrir mi mente al derecho procesal constitucional y al derecho comparado.

El que usted no impartiera clases de manera formal no me desanimó del todo, y me propuse conocerlo personalmente. Me presenté un día, sin más, en su oficina, y lo primero que me sorprendió fue su sencillez y generosidad. Me dedicó su tiempo para conversar conmigo sobre cualquier tema por el que tuviera inquietudes. No sólo eso, sino que aceptaba ir a comer conmigo y pasar horas enteras de plática, para mí de lo más enriquecedoras.

Esa generosidad es uno de sus rasgos más característicos. Siempre está dispuesto a atender a todo el que lo requiere, sin distingo alguno por cargo, edad o nivel económico. De manera especial, se entrega desinteresadamente a cualquier estudiante que se acerque en busca de consejo u orientación. Soy un beneficiario de esa práctica.

Después me distinguió con su amistad y tuve la oportunidad de conocer a una mujer maravillosa, su compañera de toda la vida, doña María Cristina, a quien hoy recuerdo emocionado.

A lo largo de estos años he admirado su sentido humanista, su compromiso con la justicia y los derechos humanos, su integridad, humildad, honorabilidad y cultura universal.

Sirvan estas líneas, querido Maestro, como un modesto testimonio de cariño, gratitud y admiración por todo lo que tantos hemos recibido de usted.

Un fuerte y entrañable abrazo,

Arturo ZALDÍVAR LELO DE LARREA*

* Catedrático de la Escuela Libre de Derecho; vicepresidente del Instituto Mexicano de Derecho Procesal Constitucional, México.